



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

La vuelta del siglo VIII: los Longobardos de la propaganda pontifica a la historiografía italiana contemporánea.

Autor

Gasparri, Stefano

Revista

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

2008, 40, 91-102



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

LA VUELTA DEL SIGLO VIII: LOS LONGOBARDOS DE LA PROPAGANDA
PONTIFICIA A LA HISTORIOGRAFIA ITALIANA CONTEMPORÁNEA *

Stefano Gasparri

Università Ca'Foscari-Venezia

Mi intervención de hoy se enlaza muy estrechamente a lo que he efectuado en el curso de las primeras *Jornadas*, hace dos años. Entonces afirmé que en Italia la edad bárbara fue como si “no hubiera existido nunca.” Hubo, es decir, un tipo de remoción colectiva a cuya base fue la actitud de la misma historiografía italiana, que siguió considerando aquel período, y en particular el período longobardo, como un paréntesis que pudiera ser ignorado y puesto aparte después de la caída del reino en el 774, que habría señalado el fin de una experiencia política extraña a la historia italiana¹.

Obviamente confirmo aquel juicio, pero querría aprovechar la ocasión de esta relación para tratar de entender mejor de que manera se haya formado y consolidado esta particular actitud de la cultura histórica nacional italiana. No haré esta reflexión en referencia al problema que se considera generalmente cuando se habla de la relación entre los longobardos y la historia de Italia o sea aquel de la invasión y de la asignación de esta *gens* en la península italiana². Al contrario analizaré la cuestión en referencia al final del reino. ¿Por qué esta elección? La relación entre longobardos y romanos, entre conquistadores bárbaros y población indígena, es efectivamente un clásico de la historiografía italiana: y las muchas soluciones que se dan al problema del asentamiento de los longobardos, que van de las matanzas de los senadores unidas a la sumisión total de la población itálica por una parte, a las ordenadas *techniques of accommodation* al Walter Goffart por la otra, con una vasta gama de posiciones intermedias, condicionan pesadamente todas las reconstrucciones históricas de la edad longobarda, cuya interpretación depende en buena parte de como se ha leído su fase inicial³.

* Ponencia presentada en las II Jornadas de Reflexión Histórica “Visiones Históricas y Tradiciones Nacionales”, Instituto de Historia Antigua y Medieval, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Junio 2006

¹ GASPARRI, S., “Los longobardos, los romanos y la identidad nacional italiana”, en *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna (IHAM, FFyL, UBA)*, vol. 39, 2006, en prensa

² V. *Il regno dei Longobardi in Italia. Archeologia, società e istituzioni*, a cura di S. Gasparri, Spoleto 2004.

³ La discusión más reciente está en GASPARRI, S., “Le élites romane di fronte ai Longobardi”, en *Les élites au Haut Moyen Âge. Crises et renouvellement*, ed. F. Bougard, L. Feller, R. Le Jan, Turnhout 2006, pp. 143-166.

Sin embargo, yo creo que el prejuicio antilombardo de la historiografía italiana se ha formado sobre todo en relación con los acontecimientos atados al final del reino lombardo y, todavía más, en relación con su representación. Y que sólo en relación con eso la atención se haya concentrado sobre las escasas noticias que tenemos sobre la conquista y el asentamiento de los lombardos, para encontrar en ellas las confirmaciones de un juicio ya emitido.

Cuando hablo de representación del fin del reino entiendo representación antigua o sea contemporánea a los hechos. Es fácil definir esta representación: en efecto, sobre los acontecimientos cruciales del siglo VIII casi sólo contamos con testimonios de parte papal; a ellas podemos añadir, pero fuera de Italia, la voz oficial de los anales francos y poco más. Lo que falta es la voz de los lombardos. “La batalla de la memoria en Italia la han vencido los papas”, ha escrito recientemente Walter Pohl, y esta victoria ha sido tan completa que, añade, la visión de los vencedores ha sobrevivido “hasta los modernos manuales de historia medieval⁴.” Estoy absolutamente de acuerdo con estas afirmaciones, con una aclaración ulterior: la perspectiva papal ha condicionado intensamente la visión de todo el período lombardo que ha tenido tradicionalmente, en particular, la historiografía italiana, que ha proyectado sobre tal período, en su totalidad, la polémica política atada a las luchas del siglo VIII. Visión lograda gracias a la dimensión intrínsecamente católica de la cultura histórica nacional italiana.

Desplazar la atención sobre el último período de historia del reino lombardo independiente no es un hecho obvio. Es verdad en efecto que en el curso del Ochocientos, durante el período del “Risorgimento”, o sea en un momento clave para la formación de la identidad italiana y por la relectura del pasado nacional, hubo una encarnizada exégesis de los pocos tramos de la *Historia Langobardorum* de Pablo Diácono que nos contaron de modo oscuro las modalidades de la conquista lombarda de Italia⁵. Fue justo allí que se jugó la idea de la separación al menos entre lombardos y romanos (obviamente la idea de la separación fue abundantemente predominante), de la fusión ocurrida o bien de la naturaleza de elite guerrera aislada de los primeros, en fin, eliminados por los francos y barridos fuera por la historia. Todo esto es verdadero: pero no se puede olvidar que el inicio de la fase moderna de la ‘cuestión lombarda’ se debe a Nicolás Machiavello que en el Quinientos, en pleno de las sangrientas guerras de Italia, con españoles y franceses que combatieron por la posesión

⁴ POHL, W., “Das Pappstum und die Langobarden”, in *Der Dynastiewechsel von 751. Vorgeschichte, Legitimationsstrategie und Erinnerung*, Münster, ed. M. Becher-J. Jarnut, 2004, pp.145-161.

⁵ ARTIFONI, E., “Ideologia e memoria locale nella storiografia italiana sui Longobardi”, en *Il futuro dei Longobardi. Saggi*, a cura di C. Bertelli e G. P. Brogiolo, Milano, 2000, pp. 219-227.

de la península italiana, en sus *Istorie fiorentine* regañó a los papas de haber en su tiempo llamado a Italia a los francos de Carlomagno para conquistar el reino de los longobardos: estos últimos en efecto, escribió, “no tenían de extranjeros más que el nombre”, es decir, eran italianos y el suyo fue un reino italiano⁶. A causa de aquella desgraciada decisión de la política papal, según Machiavello, fue superada la posibilidad de un fuerte estado italiano y fue empezada la era de las dominaciones extranjeras. Una interpretación fuerte, a la cual en la edad de la Contrarreforma contestó de modo también fuerte el cardenal Alejandro Baronio, reivindicando la naturaleza providencial de la acción papal, que habría salvado la iglesia e Italia de los bárbaros⁷.

De allí se ha agilizado en fin un largo debate que, a través de la fundamental etapa del siglo XIX a la que ya he hecho mención, ha llegado hasta a nosotros. Y, a propósito de esta última etapa, aunque, como he dicho, la atención de los historiadores de la edad “risorgimental” tomó nota sobre todo de los años de la invasión, pero no podemos olvidar que Alejandro Manzoni, el primero de la fila de la corriente histórica neoguelfa o sea católica, dedicó la obra en la que, en un lenguaje no histórico pero poético, sintetizó su interpretación del período longobardo o sea la tragedia *Adelchi*, dedicada a la caída del reino. El problema fue precisamente allí, en la vuelta del siglo VIII, y sólo de rebote se volvió a los principios, al siglo VI.

Veamos, entonces, en cosa consistió esta propaganda papal. Ella se basó en las biografías de los papas del *Liber pontificalis*, cuya circulación fue más o menos estrechamente contemporánea a los acontecimientos en ellas contadas, y sobre las cartas papales, de las que se han conservado, pero sobre todo de aquellas mandadas a los soberanos francos, que fueron recogidas en el *Codex carolinus*, que fue hecho redactar por el mismo Carlomagno⁸.

En el epistolario tres momentos están en el centro de atención. El primero es la ofensiva de Astolfo contra Roma en el 756, el segundo, en el 770–771, son las negociaciones para la boda de uno de los dos soberanos francos con una hija de Desiderio, el tercero es el intento de sublevación general de los duques longobardos contra los francos en el 775–76. Son estos los momentos de mayor tensión y peligrosidad de la situación italiana, en los que los papas piden ayuda y la intervención política y militar. Y también son los momentos

⁶ Cfr. GASPARRI, *Los longobardos* cit. (nota 1).

⁷ Sobre el debate historiográfico V. FALCO, G., “La questione longobarda e la moderna storiografia italiana”, en *Atti del I Congresso internazionale di Studi longobardi*, Spoleto 1952, pp. 153-166.

⁸ *Le Liber Pontificalis. Texte, introduction et commentaire*. Paris, ed. L. Duchesne, I, 1886. Sobre la circulación del *Liber*, v. BERTOLINI, O., *Il Liber Pontificalis*, en *La storiografia altomedievale*, Settimane del CISAM, 17, Spoleto 1970, pp. 387-455. *Codex Carolinus*, ed. W. Gundlach, *MGH, Epistolae*, III, Hannoverae 1892, pp. 469-657.

en los que el lenguaje empleado en las cartas alcanza niveles extremadamente duros y violentos, difícilmente superables. Por ejemplo, las acciones libertinas de las que es acusado por Esteban II, en el febrero del 756, el *nequissimus* Astolfo son increíbles. Los campos fuera de Roma son devastados con el hierro y con el fuego, las iglesias son incendiadas y destruidas, las hostias consagradas son comidas por los longobardos junto con la carne, las decoraciones sagradas son destruidas o saqueadas, los monjes matados, las monjas violadas, las granjas destruidas, el ganado robado, las viñas arrancas, los campesinos matados o deportados: para acabar luego con la matanza de los niños arrancados de los pechos de las madres⁹.

Estamos frente a un fragmento de propaganda muy fuerte, que localiza verdaderamente una fase crítica, que acaba sólo con la muerte del tirano Astolfo. Éste es definido en las cartas papales como seguidor del diablo, devorador de la sangre de los cristianos, destructor de las iglesias de Dios, hasta que no sea precipitado en el remolino del infierno, golpeado por la fuerza divina. Pero igualmente crítica es la fase señalada por la peligrosa boda entre el futuro Carlomagno y una hija de Desiderio, fase inmortalizada por la celebérrima carta en la que el papa, que esta vez es Esteban III, define a los longobardos como una “pérfida y hedionda gente, que no puede ser tampoco considerada entre los pueblos, de cuya nación está seguro que se ha originado la estirpe de los leprosos”¹⁰.

También los peligros de la reconquista longobarda siguiente a la derrota de Desiderio tienen gran relieve en las cartas papales, pero aquí el tono no alcanza nunca el grado de violencia verbal otorgado a los dos episodios anteriores. El complot es obra de los duques del Friuli, de Spoleto, Benevento y Chiusi, pero el auténtico y temido protagonista, siempre a punto de irrumpir en escena aunque luego, en realidad, no llega nunca, es Adelchi: y por él, Adriano I utiliza de nuevas expresiones fuertes: el nefando Adelchi, hijo del tirano Desiderio, arrogante, inicuo, pérfido y nefando¹¹.

Incluso en la evidente preocupación de Adriano, el lenguaje, relativamente medido por él empleado demuestra que, a diferencia de los dos episodios anteriores, en este caso él no duda del apoyo de fondo de Carlo y, punto crucial, no necesita convencerlo de alinearse. Naturalmente hace falta entender el concepto de ‘medido’ referido al lenguaje empleado por la cancillería papal en el *Codex carolinus*. Por ejemplo, un adjetivo pesado como *nefandissimus* se dispara automáticamente en el epistolario sobre todos los que se encuentran en un frente político opuesto con respecto a la iglesia de Roma.

⁹ *Codex Carolinus* cit., 8 (756), p. 495.

¹⁰ *Codex Carolinus* cit., 11 (757), pp. 505-506, y 45 (770-771), pp. 560-566.

¹¹ *Codex Carolinus* cit., 57 (775 ex.), pp. 582-583, y 80 (787-788), pp. 612-613.

Así “nefandos” son no sólo los longobardos y sus reyes y duques, pero también los beneventanos, los spoletinos, los griegos, los napolitanos, los opositores romanos del papa y hasta el arzobispo de Ravenna, Leo. Todos éstos también pueden resignar tal adjetivo, si en breve tiempo su actitud cambia. “Nefando” por lo tanto es una pura etiqueta política, y no más moral, que localiza sencillamente la pertenencia a una formación adversa a la papal. Lo que también explica porque, en los momentos más agudos de la propaganda, el lenguaje papal tenga que volcarse en la descripción de una larga serie de horrores cometidos por los adversarios, para dar el sentido a sus interlocutores de encontrarse frente a un momento decisivo en que hace falta alinearse sin titubeos.

Las raíces de tal lenguaje probablemente tienen que ser localizadas a fines del siglo VI, en la edad de Gregorio Magno, el papa que en una celebérrima carta se alegró de la muerte del *nefandissimus* Autari y que en los *Dialogi* habló de la “effera gens Langobardorum, quae in nostra cervice crassata est.” Creo que ello se forma en el momento mismo de la llegada de los longobardos, percibidos entonces como adversarios y alternativos con respecto de la Italia romana en la que el papado estaba insertado firmemente. Es posible en efecto pensar que la relación entre Gregorio y los longobardos haya sido entendida y utilizada como un precedente. No es casual que el único paralelo posible con las terribles devastaciones de Astolfo contadas por las fuentes pontificias sea aquel con los romanos llevados en esclavitud atados por el cuello como de los perros y con los campesinos que se ampararon a Roma con las manos truncadas, descritos por Gregorio en las cartas y en las homilias. Entre Gregorio Magno y Adriano I, el papa contemporáneo al momento de la caída del reino longobardo, doscientos años han pasados: pero para la propaganda papal el tiempo parece estar detenido¹².

Otro punto alto de la propaganda papal se encuentra en las vidas del *Liber pontificalis*. En el *Liber* los longobardos, después de una pausa larga de más de un siglo, sólo reaparecen de modo significativo en la mitad del siglo VIII. También aquí el primero momento fuerte de la comparación entre los reyes longobardos y los papas es aquel entre Esteban II y Astolfo. El alcance de la amenaza política representado por este rey, que ocupó Ravenna y llegó a un paso de la sumisión de Roma, lo hace definir en el *Liber* con todos los adjetivos negativos posibles: arrogante, nefando, cruel, atroz, blasfemo, malvado, inicuo, pestífero, tirano. La acción que más que todo lo caracteriza es la represalia contra Roma del 756 - aquella misma descrita con tonos

¹² GREGORII I Papae “Registrum Epistolarum”, Berolini, in *MGH, Epistolae*, ed. P. Ewald e L. M. Hartmann, I, 1887, I, 17 (590), y I, V, 36 (595); Id., *Homilia in Ezechielem ultima*, II, 10, c. 24.

afligidos en las cartas -, al interior de la cual se evidencia un fuerte robo de reliquias, un episodio que le sirve al biógrafo para presentar una imagen realmente diabólica de Astolfo¹³.

Los tonos de la vida de Esteban II coinciden plenamente con los del epistolario, y efectivamente el período más caliente de las relaciones longobardo-romanas es justo lo que inicia alrededor del 750. Sin embargo, las vidas de los papas siguientes son muy cautas. Es en efecto un momento difícil para los papas: Roma está lacerada por las luchas entre los partidos por el poder local, el rey longobardo Desiderio toma la ventaja en Italia, se alía con los francos y hace casar a su hija con Carlos¹⁴. Sólo con la vida de Adriano I las cosas cambian: ya Carlo se ha vuelto el único soberano, la hija de Desiderio ha sido repudiada y se delinea la nueva intervención franca en Italia. El lenguaje vuelve aquel de la edad de Esteban II y esta vez, es utilizado para describir la caída del reino longobardo. Como en ocasión de la primera campaña de Pipino, veinte años antes, también aquí es el favor divino que da la victoria a los francos, infundiendo el terror en el corazón de Desiderio, de Adelchi y de todos los longobardos que huyen sin combatir. Y Pavía, la capital, es conquistada porque es la *ira Dei* que decide la lucha y hace caer una ciudad que nunca los francos habían logrado tomar, y que ahora en cambio no ofrece más resistencia, azotada como es de una dura pestilencia¹⁵.

Hasta aquí hemos considerado la propaganda papal. Pero no hay otra: en efecto el silencio de la parte longobarda, con respecto de todos los hechos de la segunda mitad del siglo VIII, es casi total. No es que faltaran, en la Italia longobarda, intelectuales capaces de proponer versiones diferentes de los hechos: lo demuestran los nombres del mismo Pablo Diácono, o de Pedro de Pisa, ambos establecidos en la corte franca de Carlos. Pero de ellos no ha llegado nada. La historia de Pablo Diácono, cualquiera sea el motivo que ha determinado esta elección, se para antes del fin del reino, y cuando Pablo trata la cuestión en las *Gesta episcoporum Mettensium* lo hace con una perspectiva franca, exaltando las proezas de Carlos¹⁶. Estamos aquí de nuevo con la voz de los vencedores, esta vez de los francos. Las pocas narraciones de la caída del reino que emergen del mundo longobardo, haciéndose espacio con mucho esfuerzo en un cuadro general de escritos (documentos) abundantemente dominado por la perspectiva de los vencedores, son todos bastante tardíos, y a veces no son tampoco narraciones reales o simples reelaboraciones, en

¹³ *Le Liber Pontificalis* cit., pp. 440-462.

¹⁴ *Le Liber Pontificalis* cit., pp. 463-465 (vida de Pablo I) y pp. 468-480 (vida de Esteban III).

¹⁵ *Le Liber Pontificalis* cit., pp. 480-499.

¹⁶ Mc KITTERICK, R., *History and Memory in the Carolingian World*, Cambridge 2004, pp. 60-83; DIACONO, P., "Gesta episcoporum Mettensium", ed. G. Pertz, en *MGH, Scriptores*, II, Berlin 1829, pp. 265.

versión menos antilongobarda, de textos más antiguos como el mismo *Liber pontificalis*¹⁷. Es en verdad poco.

Es evidente que nos encontramos frente a una propaganda que ha triunfado claramente. La pregunta que nos tenemos que hacer es si estamos totalmente liberados de eso. En apariencia, la respuesta parecería ser afirmativa. Las reconstrucciones más recientes de la caída del reino longobardo -las de Tabacco, Delogu, Capitani, como también de algunos manuales de carácter universitario- se mueven en efecto ante todo sobre el planteo de la reconstrucción de los hechos y de la individuación de las motivaciones políticas que estuvieron en la base del acuerdo entre francos y papado. Sin embargo, cuando se pase, y casi siempre lo se hace, a enunciar los motivos de fondo de estos hechos de importancia tan decisiva, las cosas cambian. Se introducen entonces juicios de valor sobre toda la experiencia histórica del reino longobardo hasta la conquista franca del 774; juicios que, puestos en comparación con el fondo cultural de la iglesia romana, hacen inevitables el choque recíproco y su resultado final.

Emerge en fin, incluso de este modo más sofisticado, la tradicional desconfianza respecto a los longobardos entendidos siempre como una entidad extraña: aquélla que fue expresada abiertamente, en los años cincuenta y sesenta, por una historiografía italiana que negó -o atenuó o al menos retardó- la fusión entre longobardos y romanos, destacó la vulgaridad y la violencia de los longobardos, su incapacidad de asimilar las reglas de la civilización antigua, incluida la aptitud para vivir en la ciudad, y por fin subrayó su grosero y persistente arrianismo. En modos diferentes, se encontraron sobre estas posiciones estudiosos como Emilio Sestan, Ottorino Bertolini, Gina Fasoli, Cagiano de Azevedo y el mismo Gian Piero Bognetti¹⁸. En nuestra perspectiva, aquella de la caída, resulta particularmente significativa la posición de Bertolini, que interpretó toda la historia del reino a la luz de su fin, escribiendo que la llegada de los longobardos puso en marcha un "muelle poderoso" - un tipo de mecanismo histórico o sea un proceso inevitable, incesante - que, por su medio inconsciente, habría llevado a la ascensión del papado sobre la escena europea; y todavía, él subrayó el "drama" histórico de los longobardos, de un pueblo católico, recién convertido y como punto crucial, ferviente en la fe y sin embargo obligado a combatir contra el papa:

¹⁷ Por ejemplo: *Cronaca di Novalesa*, a cura di G. C. Alessio, Torino 1982, III, cc. 6-14, pp. 142-161, y cc. 21-23, pp. 168-173 (siglo XI).

¹⁸ GASPARRI, S., "I Germani immaginari e la realtà del regno. Cinquant'anni di studi sui Longobardi", en *I Longobardi dei ducati di Spoleto e Benevento*, Atti del XVI Congresso internazionale di studi sull'Alto Medioevo, Spoleto 2003, I, pp. 3-28.

una batalla imposible, que había producido numerosas crisis espirituales y que por lo tanto inevitablemente fue condenado a la derrota¹⁹.

Si tuviera que subrayar un primer elemento que los estudios de aquellos años todavía han dejado hoy en herencia, es justo este sentido de una lucha desigual del resultado ya descrito: entre longobardos y papa, en el fondo, allí no hubo nunca lucha, y no sólo porque el segundo fue apoyado por la fuerza militar de los francos, pero sobre todo por la superioridad moral y religiosa de la iglesia de Roma. Y aquí se anida el segundo elemento, aquel religioso. En este ámbito el factor decisivo ha estado sin duda representado por los estudios de Gian Piero Bognetti, que se han concentrado justo sobre la historia religiosa de los longobardos, a que él ha dedicado un libro famoso²⁰. A él se debe una interpretación total de esta historia como un proceso lento, más bien aminorado y lleno de retrocesos, hacia la conversión al cristianismo católico por parte de los longobardos. Un proceso que prácticamente sólo se concluye cerca o casi a finales del reino pero que todavía mantiene sobre sí mismo muchas inclusiones e impurezas. No es este el lugar para discutir, y eventualmente demostrar, como esta reconstrucción hecha por Bognetti es en gran parte equivocada. Lo que importa es que, después de él, se ha consolidado definitivamente en la historiografía italiana la tendencia a leer toda la historia del reino longobardo a la luz de su experiencia religiosa. Y entonces, en la comparación entre tres: papas, francos y longobardos, estos últimos, cristianos ineptos y tibios, fueron inevitablemente perdedores frente al obispo de Roma, que el mismo rey longobardo Liutprando había definido "qui in omni mundo caput ecclesiarum dei et sacerdotum est"²¹, y frente a los francos, convertidos al catolicismo, al menos oficialmente, desde casi doscientos años.

Estos dos elementos se unen por lo tanto, en los estudios de hace cincuenta y cuarenta años, para dibujar un cuadro en que la inevitable derrota longobarda derivó directamente de su inferioridad religiosa. ¿Qué ha quedado, hoy, de todo esto? Interesantes son las posiciones de Giovanni Tabacco, sin duda las más avanzadas y "seculares" de todas las otras: estudioso del poder franco, interesado en los grandes diseños hegemónicos de la iglesia romana, él dibujó un cuadro libre de casi todos los prejuicios tradicionales de la

¹⁹ BERTOLINI, O., *Roma e i Longobardi*, Roma 1972, p. 13, y Id., "Le chiese longobarde dopo la conversione al cristianesimo ed i loro rapporti con il Papato", en *Le chiese nei regni dell'Europa occidentale e i loro rapporti con Roma sino all'800*, Settimane di studio del CISAM, 7, I, Spoleto 1960, pp. 491-492.

²⁰ BOGNETTI, G. P., "S. Maria foris Portas di Castelseprio e la storia religiosa dei Longobardi", en *L'età longobarda*, II, Milano 1966.

²¹ "Liutprandi leges", c. 33 (723), en *Le leggi dei Longobardi. Storia, memoria e diritto di un popolo germanico*, a cura di C. Azzara e S. Gasparri, Roma 2005, pp. 160-162.

historiografía italiana. Pero incluso Tabacco vio en el choque del siglo VIII un choque ideológico: en efecto la monarquía longobarda ya fuese territorial y católica, sin embargo tuvo siempre “el fundamento primero [...] en su fidelidad formal a la tradición militar y germánica del pueblo longobardo.” En fin hubo una transformación católica, pero con el signo de la continuidad, el rey todavía era el jefe de una *gens* que era un *exercitus*; y este esquema, dice Tabacco, vivió no sólo en la conciencia de los reyes longobardos, sino todavía más, en aquella “de los obispos, de los optimates y de las poblaciones de las tierras bizantinas de Italia y los aterrorizó”, tal como aterrorizó a la Iglesia romana, arraigada en el imperio y desarrollada en un ámbito exclusivo de cultura griego-latina. Por tanto, “el horror romano por el nombre longobardo” fue un contraste entre dos distinguidas tradiciones culturales, más allá de la defensa de un sistema social y eclesiástico amenazado por la conquista²². Es evidente la complejidad de la posición de Tabacco, aquí “el horror” por los longobardos, efectivamente verificable a manos llenas en las fuentes papales, como hemos visto, está circunscrito y presentado exclusivamente como sentimiento de la Italia romano-bizantina. Sin embargo, también aquí estamos fuera sólo en parte del esquema propagandístico antiguo. Qué los papas fueran de veras el portavoz de la Italia romano-bizantina, en efecto, está para demostrar; y, aunque así fuera, que el choque fuera tan ideológico es improbable, considerada la evolución muy parecida que tuvo en el curso del tiempo en las dos Italias, la longobarda y la bizantina, que fueron por de más muy fragmentadas en su interior²³.

Tabacco representa en todo caso una excepción. Las otras interpretaciones italianas de la vuelta del siglo VIII quedan deudoras de Bognetti. Sólo hago dos ejemplos. Ovidio Capitani, que escribe su historia de la Italia medieval al final de los años ochenta, los regaña a los Longobardos - por la exactitud a Liutprando - de no haber entendido necesariamente la naturaleza de “fuerza y objetivamente universal y romana por tradición, desarrollo histórico y cultura plurisecular” del papado. No está claro cosa habría tenido que hacer Liutprando, pero está claro que una vez más, para Capitani, él fue derrotado desde el inicio, y con él todos los longobardos, que se introdujeron desde el principio en una vía equivocada y allí se quedaron. Más bien, se puede decir que cualquier movida les había sido históricamente contraproducente, hasta su conversión al catolicismo. En efecto, escribe a Capitani, que hasta que los longobardos fueron arrianos la búsqueda de un compromiso con Roma fue

²² TABACCO, G., *Egemonie sociali e strutture del potere nel medioevo italiano*, Torino 1979, pp. 139-141.

²³ GASPARRI, S., “Il popolo-esercito degli arimanni. Gli studi longobardi di Giovanni Tabacco”, en AA. VV., *Giovanni Tabacco e l'esegesi del passato*, Accademia delle Scienze, Torino 2006, pp. 21-36.

posible, sobre la base de una discriminación importante que los distinguió de los romanos católicos; pero cuando esta diferencia vino a menos con la conversión, entonces el peligro de una absorción se volvió real y provocó la reacción papal. O sea, paradójicamente, justo la conversión al catolicismo, volvió a los longobardos peligrosos, y esto habría señalado su fin. De vuelta, fue el esquema usual: el terreno religioso quedó minado para los longobardos, cualquier movimiento que hicieran, porque tradición longobarda y tradición romana del papado fueron incompatibles²⁴.

Es inútil objetar, a las tesis de Capitáni, que el papado hizo rápidamente, en algo más de cincuenta años, y concretamente los cálculos con otra tradición política diferente de la romana, la franca, encontrando en ella un compromiso que confluyó luego en la 'renovación' imperial del año 800. Como es inútil subrayar el hecho que la idea de una misión universal - y por lo tanto en este sentido 'romana' - del papado no estuvo desde siempre para nada presente en la mente de los papas del siglo VIII, los que en cambio más que perseguir grandes proyectos sólo manifestaron una voluntad bastante mezquina de dominio territorial: "apretados en medio de longobardos, bizantinos y francos, los papas de aquellas décadas decisivas tuvieron que reducirse bastante a vivir al día", escribe en efecto con mucha agudeza Girolamo Arnaldi²⁵. Pero la suya queda como una voz aislada; y entonces estas objeciones aparecen inútiles porque la historiografía italiana no parece verdaderamente interesada en los hechos, pero lo bastante para fijar vallas insuperables para los longobardos, tan altas que no puedan superarlas nunca. También la última verdadera síntesis sobre el reino longobardo producida en Italia, ya bastante vieja, es del 1980, pero que todavía queda como un punto historiográfico de referencia, la de Paolo Delogu, al final, a pesar de los indudables progresos en la interpretación, se mueve en el ámbito usual. Detrás de todos los límites materiales que hicieron perder el reino longobardo frente a los francos, hubo, según Delogu "una imperfección cultural y moral que volvió problemática la identidad longobarda": un "malestar" que debilitó el reino y del que sería expresión el mismo Paolo Diácono, bien consciente, en su *Historia de los Longobardos*, de las antiguas "manchas" de paganismo de su estirpe: "rico, avanzado, religioso, pero dividido y todavía bárbaro", el reino longobardo al final fue derrotado²⁶. Una crisis de conciencia, aquella de Pablo Diácono, que habría sido según Delogu compartida por muchos otros, dentro del reino:

²⁴ CAPITANI, O., *Storia dell'Italia medievale, (410-1216)*, Roma-Bari 1986, pp. 67 e 72.

²⁵ ARNALDI, G., "Il papato e l'ideologia del potere imperiale", en *Nascita dell'Europa ed Europa carolingia: un'equazione da verificare*, Settimane del CISAM, 27, I, Spoleto 1981, pp. 341-407.

²⁶ DELOGU, P., "Il regno longobardo", in *Storia d'Italia*, I, UTET, Torino 1980, pp. 191-195.

volvió así en primer plano, incluso en formas actualizadas, el clásico ‘drama de los longobardos’ propuesto a su tiempo de Bertolini. En formas todavía diferentes y más atenuadas, la misma idea de fondo también es expresada por un altomedievalista atento como Claudio Azzara, el que, en su síntesis sobre la edad media, publicada hace dos años, escribe que “a pesar de la acontecida conversión al catolicismo y la atención demostrada por las instituciones eclesiásticas, las relaciones de los reyes longobardos con los papas quedaron difíciles” porque los primeros apuntaron sobre Ravenna y sobre toda la Italia bizantina con voluntad de conquista. “Quedaron difíciles”: ¿una constante, pues, “a pesar de” la conversión? ¿De veras el problema de la religión oficial del reino o aquel de la actitud de los reyes hacia episcopados y monasterios, fueron tan importantes en la relación entre longobardos y papas? Lo difícil es creerlo. En las líneas de Azzara, el ‘drama de los longobardos’ se transforma en un simple *impasse*, que no es en todo caso menos paralizante²⁷.

Más correctamente, un reciente manual universitario subraya que sólo es en la mitad del siglo VIII, cuando los papas se propusieron, siempre con mayor conciencia, de convertirse en los herederos de Bizancio en Italia asumiendo el control de los ya territorios imperiales, y se volvieron por lo tanto rivales de los longobardos en esta aspiración a la hegemonía en Italia, sólo entonces los longobardos mismos empezaron *de nuevo* a ser representados por las fuentes romanas como bárbaros opresores²⁸. Luego hace falta estar atentos: la hostilidad entre papas y longobardos no es una constante, inscripta en el código genético de ambos; es el resultado de particulares condiciones históricas, atestiguadas, de modo diferente la una de la otra, al final del VI y al final del siglo VIII. En el medio hubo, en parte al menos, una historia diferente. Y las cosas pudieron ir en un modo o en otro, porque sobre el reino longobardo no pesó ninguna condena histórica y moral que señalara de ello a priori la suerte de modo irrevocable.

Para concluir, se puede sustentar que la mayor parte de la cultura histórica italiana se ha parado sobre las posiciones tradicionales, aunque, como hemos visto, se ven ya señales diferentes, que afloran incluso en textos de difusión relativamente amplia y no sólo especializada, como algunos, no todos, manuales universitarios. El nuestro queda por lo tanto como un cuadro todavía bastante inmóvil. Frente a acontecimientos importantes como los del siglo VIII, los que sólo se han revelado lentamente a la conciencia misma de los contemporáneos, la historiografía italiana, también cuando, como ya hace algunas décadas, en teoría rechaza el clásico esquema de contraposición longobardos-romanos relegándolo en el pasado del siglo XIX y

²⁷ AZZARA, C., *Le civiltà del Medioevo*, Bologna 2004, p. 57.

²⁸ MONTANARI, M., *Storia medievale*, Roma-Bari 2002, p. 45.

tradiciones, y no histórico: casi poniéndolo sobre el plan de un choque de civilización, de un *clash of civilisation*. En todo esto, la mayor parte de las fuentes es puesta aparte y sólo sobrevive el reflejo de la propaganda papal; hasta el punto de que podemos decir que, en el fondo, para la historiografía italiana los longobardos siempre han quedado como aquéllos descritos por Esteban III en su carta a los príncipes francos: un *leprosorium genus*, un “pueblo de leprosos”.